



Comedio quiso que las hermanas pasasen adelante.



## CAPÍTULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote de la Mancha.

**C**RANDES fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le guardaron la discreción, teniéndole por un Cid en las armas, y por un Cicerón en la elocuencia.

El buen Sancho se refociló tres días á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se había visto: bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño.

—No se pueden ni deben llamar engaños, dijo Don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiéndole que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa armada contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decía con intención de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabía, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios licitos é industriosos que nunca faltan á los prudentes y aplicados.

El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prisa en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo.

La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido.

—Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote, opinión fué de no sé qué sabio, que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar.

Lo primero le aconsejaría que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parcerlo; que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas.

Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa será conservarla y aún mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el emendarla, que no es muy hacadero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero tégolo por dificultoso.

Oía todo esto Sancho, y dijo entre sí:

—Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo y andarse por esas plazas á qué quieres boca.

Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyle su señor, y preguntóle:

—¿Qué murmuras, Sancho?

—No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho; sólo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame.

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo Don Quijote.

—No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo menos no es tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos.

—No nos debemos nada, respondió Sancho, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mismo Satanás.

Finalmente, tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que della se decían por todos aquellos contornos.

El licenciado le dijo que le daría á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías; el cual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha y aun en toda España; y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes.

Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete ó arpillera. Ensiló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo asimismo bien proveídas, y encomendándose á Dios



Finalmente, don Quijote y Sancho tres días estuvieron con los novios.

y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó Don Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios. A lo que el respondió que su profesión era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república: que el uno se intitula "el de las Libreas," donde pintaba setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesianos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerebro por sacarlas conforme á sus deseos é intenciones: porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras.

Otro libro tengo también, á quien he de llamar "Metamorfóseos," ó "Ovidio español," de invención nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Magdalena, quién el caño Vecingueria de Córdoba, quiénes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto.

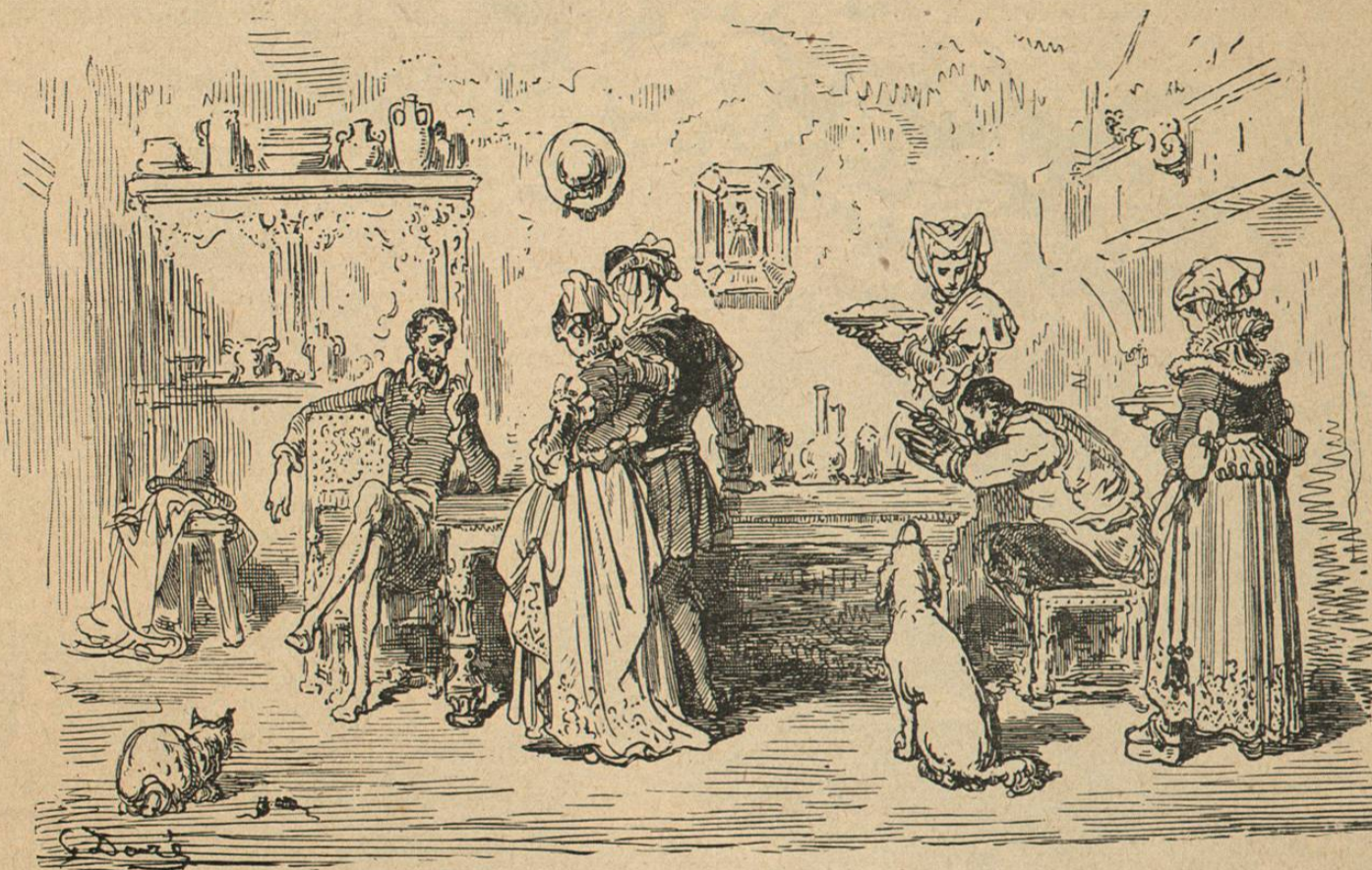
preguntar y á responder, que no cabe de aquí á mañana. Si; que para preguntar necesidades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo Don Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á Don Quijote que desde allí á la cueva de Montesinos no había más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descollarse en su profundidad.

Don Quijote dijo, que aunque llegase al abismo había de ver dónde paraba, y así compraron casi cien brazas de soga, y otro día á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola, se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho:

—Mire vuesa merced, señor mío, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en



Otro libro tengo, que le llamo "Suplemento á Virgilio Polidoro," que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo.

Olvídesele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinticinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que había estado muy atento á la narración del primo, le dijo:

—Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros, ¿sabríame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe, quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán.

—Sí sería, respondió el primo, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo á donde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera.

—Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Tenéis razón, amigo, dijo el primo; y dijo Don Quijote:

—Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno la has oído decir.

—Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á

algún pozo: sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.

—Ata y calla, respondió Don Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho, amigo, para mí estaba guardada. Y entonces dijo la guía:

—Suplico á vuesa merced, señor Don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones.

—En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnés, sino sobre el jubón de armar), dijo Don Quijote:

—Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algún esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que guíe: y luego se hincó de rodillas, y hizo una oración en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego:

—Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester.

Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no habrá imposibles á quien yo no acometa y acabe; y en diciendo esto, se acercó á la sima, vió no ser posible descollarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo